

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 12 de Agosto de 1882

La decadencia de España

desde mediados del siglo XVI

A IGUAL ÉPOCA DEL SIGLO XVIII

XXXIX

La dilatada lucha que Felipe II sostuvo, con la Francia primero, y después con la Inglaterra, dejó sentir sus naturales consecuencias en aquella parte del norte de Europa sobre la cual gravitaba el yugo de su dominación. Los flamencos ansiosos de sacudirlo, aprovecharon del tiempo y de las circunstancias, y mientras las fuerzas vivas de la nación se consumían en otra parte, se alzaron al grito de libertad, que se hizo escuchar temible é imponente por toda la vasta extensión de los Países-Bajos. Por aquí empezó la desmembración de la gran monarquía española.

Las diez y siete provincias de que se componían, no habían formado nunca un Estado homogéneo, reunidas sucesivamente por los duques de Borgoña, y transmitida por ellos a la casa de Austria, conservaron sus costumbres y sus antiguos privilegios. Cuando pasaron a la dominación de Carlos V temieron por sus derechos, y se prepararon para oponerse a toda usurpación de ellos. Sabiamente pensando, el gran emperador nada intentó en este sentido; al contrario, flamenco de nacimiento, gustaba de rodearse de flamencos, y a ellos confiaba los primeros cargos del Estado; y si persiguió a los reformados de Amberes y de Amsterdam, si publicó edictos rigurosos contra los partidarios de las nuevas doctrinas, se le vió en cambio, respetar las libertades políticas de aquellos países, y jamás consintió que se oprimiera a sus habitantes; lejos de ello protegió su comercio, abriéndoles nuevos mercados en Alemania, en España y en Italia. Así fué como los Países-Bajos alcanzaron aquel grado de prosperidad y riqueza que envidia daba a las naciones. Las provincias meridionales servían de depósito al comercio de la Francia y de la Alemania; y las marítimas veían afluir a sus puertos los buques de Inglaterra, de Escocia, de Dinamarca, de Portugal y de España; Brujas y Amberes, emporios fueron en este gran movimiento comercial. Con respecto a esta última ciudad se había hecho ya proverbio el decir que hacia por sí sola más negocios en un mes que Venecia en dos años. «Me puse triste», decía el veneciano Marino Cavallo, a la vista de Amberes, porque veía a Venecia sobrepujada.» Los

Fugger y los Vellser dejaron a Augsburgo para establecerse en Amberes, y allí llevaron también sus depósitos los más ricos negociantes de Génova, de Luca y de Florencia.

Así llegó a contar Amberes mil casas de comercio, dirigidas por extranjeros de todas las partes de Europa. Las demás ciudades de Flandes florecían también por su industria y por su comercio, y el bienestar que rebotaba en todos aquellos afortunados pueblos contrastaba dolorosamente con la pobreza de las comarcas vecinas. De los Países-Bajos sacaba España la mayor parte de sus rentas, en el reinado de Carlos V.

En su tiempo el impuesto ordinario ascendía a un millón doscientos cincuenta mil ducados por año. Percebía, además, el mismo emperador otra cantidad anual de quinientos mil ducados que consumían los gastos de administración interior en las diez y siete provincias; esto sin contar con lo mucho que contribuían a los dispendios extraordinarios ocasionados por las necesidades de la guerra, ó de utilidad pública; exacciones que llegaron a cuatrocientos mil ducados por año. Todavía Felipe II pudo sacar de los Países-Bajos en el año 1558 cerca de cinco millones de florines, lo que no suministraba Castilla.

Ya bajo el reinado de este príncipe, las cosas habían variado de aspecto; aquellas provincias tan florecientes antes, de tal manera vinieron a la decadencia, que no solamente nada podían ofrecer ya a la España, sino que fué como la tumba de sus tesoros y soldados. La transformación no pudo ser más radical. Veamos las causas.

Desde que Felipe II se sentó en el trono de España, castellano y cristiano de corazón, quiso introducir en todas las provincias de sus vastos dominios las leyes, la lengua y la religión de su patria. En los Países-Bajos llevó a más todavía su sistema de imposiciones intentando establecer allí donde más vivo ardía el espíritu de la «Reforma» el Tribunal del Santo Oficio con sus formas de procesos secretos y sus sangrientas ejecuciones, haciendo proclamar los decretos del Concilio de Trento, que otros muchos países católicos no habían admitido sino con ciertas reservas y restricciones. Fué lo peor que pudo hacer. Las primeras medidas se dirigieron contra los protestantes cuyo número había aumentado considerablemente, con especialidad en las provincias bávaras; otras fueron contra el clero, creándose tres nuevos arzobispados, y trece obispados que dotó a espensas de las abadías y de los monasterios del país. De esta manera, su dominación en los Países-Bajos tuvo por base el odio de los

unos, y la irritación de los otros, y a todos por enemigos desde que, atropellando privilegios hasta entonces respetados, dióles, en plena paz, guardias de tropas españolas y puso la mayor parte de las cargas públicas en manos de extranjeros; pues si bien cuando confirió la regencia de aquellos países a Margarita de Parma, le dió algunos consejeros escogidos entre la nobleza de Flandes, restringió la influencia de este Consejo de Estado, estableciendo otro privado que decidía sin apelación, y a quien estaba reservada la iniciativa en todos los asuntos de importancia; así se vió que el verdadero gobernador de Flandes fué el presidente de este Consejo, el cardenal de Grauvelle.

La nobleza del reino que no podía llevar a bien que en los dominios españoles imperase otra que no fuese ella, se mostró ofendida, y cual acentuó en tiempos de Carlos V, sublevaronse los castellanos contra la administración de los flamencos, y estos, a su vez, veían con envidia que el poder descansara en manos de los grandes de Castilla. A la cabeza de la nobleza flamenca se hallaban los condes Egmont y de Horn, y Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, llamado el «taciturno», y los tres formaban parte del Consejo de Estado. De contentos del poder de Grauvelle, tomaron por sí la defensa de las libertades públicas, empezando por pedir al rey que retirase las tropas españolas; este les ofreció llamarlas, pero no cumplió su promesa. Entonces, los zelandeses amenazaron que romperían sus diques y dejarían que el mar se tragase al país, antes que sufrir la insolencia extranjera, y las demás provincias que le negaban el pago de los impuestos. Felipe II, cedió por primera vez a los consejos de la prudencia, aunque de mala gana, y sus tropas salieron por fin de los Países-Bajos, pero sin renunciar por ello a su sistema de opresión política y religiosa, que Grauvelle ejercía con el mayor rigor contra los reformados. En vano fueron las súplicas para que templase sus iras contra estas «la indulgencia, decía, dá fuerza a la heregia, y me guardaré muy bien de disminuir las penas, cuando el crimen cada vez se vá haciendo más audaz.» Tal resolución fué aprobada por el Consejo privado; se enviaron nuevas órdenes a todas las provincias y se mandó a los gobernadores prestasen sus auxilios a los agentes de la inquisición.

La mecha aplicada a la mina, no hubiera producido tan pronto la explosión; los de Brabante invocaron sus privilegios, y las ciudades de Lovaina, de Amberes y de Bruselas protestaron de la manera más decidida contra aquella odiosa política. Los

nobles, aprovechando la agitación general, firmaron el «compromiso de Breda», y presentaron una petición a la regente Margarita exigiendo la suspensión provisional de los últimos edictos de la magestad. La gobernadora asustada consintió en ello, pero ya era demasiado tarde para atajar el conflicto; mientras pedía nuevas instrucciones a España, los descontentos tomaron las armas, y en las ciudades de Saint Omer, de Gante, de Amberes y de Fournai, el populacho penetró tumultuosamente en las Iglesias y en los Monasterios, rompiendo imágenes y derribando altares, é imponiendo a todos el culto reformado. En cinco días fueron profanados más de cuatrocientos templos en la Flandes y en el Brabante.

El movimiento revolucionario se propagó rápidamente a las provincias del norte, y el incendio se hizo general, presenciándose las mismas escenas de devastación y de sacrilegio en las ciudades de Leide de Utrecht y de Amsterdam.

¿Habremos de hacer aquí responsable de ello a la Reforma? nó, culpeamos al fanatismo, y a esa estúpida intransigencia, mil veces más perniciosa al catolicismo que misma la heregia.

MANUEL GONZALEZ.

MARINA.

Resoluciones tomadas por este ministerio:

Infantería.—Destinos: Jefe de la compañía de Escribientes y Ordenanzas, el teniente coronel don Eugenio García Tejero, y encargado del detall de la misma, el comandante D. Clemente Ramos Martínez, oficial segundo del ministerio.

CRONICA

Tenemos entendido que desde el lunes próximo se verificarán todas las noches, bailes de confianza en el salón de descanso de los baños de Roldan.

El Sr. Bocio, con sin igual galantería, facilita el piano y un profesor que de 8 y media a 11 tocará escogidas piezas de baile.

La gente joven está de enhorabuena.

Por la Alcaldía se han impuesto en el día de hoy varias multas por faltas al bando.

La Sociedad protectora del Asilo de niñas de la Purísima Concepción, celebrará honras fúnebres el lunes 14 del actual a las 10 de la mañana, en la iglesia de S. Miguel, por